

APRENDER A TRAVES DE LA CELEBRACION

Cuando el autor de las llamadas “Catequesis mistagógicas de Jerusalén” (s. IV) se dirigía por vez primera a los recién bautizados para iniciarles en la celebración cristiana, ya desde el comienzo de sus catequesis, les advertía sobre la importancia que tiene la participación en los ritos litúrgicos —él los llama *experiencia celebrativa*— en vistas a profundizar la vida cristiana, con estas significativas palabras: “Estoy plenamente convencido de que la fe entra mucho mejor por los ojos que por los solos oídos; por ello, ahora que ya habéis empezado a celebrar, estáis mejor preparados por vuestra misma *experiencia celebrativa* para ser conducidos más fácilmente a este espléndido prado del paraíso” (San Cirilo de Jerusalén, — ca. 382, primera catequesis mistagógica).

Este texto de san Cirilo conserva hoy todo su valor. Incluso puede decirse que en nuestros días resulta, si cabe, más importante aún que cuando se escribió, porque hoy la ciencia y la erudición están tomando tal relieve que parecen excluir prácticamente todas las otras categorías. En el mismo campo de la liturgia a veces parece como si todo dependiera de la erudición histórica y de los conocimientos científicos. Con harta frecuencia uno tiene la impresión que sólo interesa “ver” y “saber”, poco en cambio “sentir” y “vivir”. Buena prueba de esto son las insistentes y largas moniciones, casi siempre de carácter exclusivamente informativo, que invaden las celebraciones y hacen que éstas se asemejen más a una lección que a un espacio contemplativo del misterio.

Y esto no deja de ser anómalo. Conocer científicamente la liturgia, sus leyes, sus estructuras y su historia es enriquecedor e incluso constituye una importante ayuda para una mejor celebración. Pero estos conoci-

mientos no son nunca lo más importante. Lo fundamental continúa siendo la participación contemplativa en unas celebraciones ricas por sus textos y por la significatividad y comprensión de sus ritos, *vividos interiormente* a través de unos *signos externos* bien realizados. Unicamente una liturgia celebrada con estas características puede llevar al conocimiento interior y al gusto espiritual del misterio cristiano. Los bautizados que participaban en las celebraciones de san Ambrosio, san Cirilo, san Juan Crisóstomo o san Agustín desconocían probablemente las leyes de la liturgia pero participaban asiduamente en unas celebraciones en las que todo era signo expresivo de la realidad cristiana. Las homilías y catequesis que han llegado hasta nosotros evidencian hasta qué punto cada uno de los detalles de estas celebraciones respondían al misterio y eran explicadas y vividas en clave litúrgica. La diferencia que media entre el conocimiento científico de la celebración y lo que es la vivencia litúrgica podría compararse a lo que acontece en el campo de la medicina entre la buena salud y los conocimientos médicos. Estos últimos tienen por finalidad procurar una salud robusta, pero es posible gozar de buena salud sin conocer las leyes de la digestión o el funcionamiento del aparato respiratorio.

Para lograr una vivencia contemplativa *a partir del interior mismo de la liturgia*, para *“aprender a través de la celebración”* —como reza el título de este editorial—, resultan imprescindibles dos requisitos: organizar la celebración de manera expresiva y suscitar en los fieles una actitud de contemplación espiritual frente a los textos y otros signos celebrativos.

Fijémonos hoy en la primera de estas dos condiciones, es decir, en la necesidad de lograr una celebración expresiva. La misma “*Institutio*” del misal nos orienta ya en este sentido cuando advierte que “la eficacia pastoral de la celebración aumentará si se saben elegir, dentro de lo que cabe, los textos apropiados, las lecturas, las oraciones y los cantos” (n. 313). Pero esta voz no se escucha demasiado. Casi siempre se celebra con maneras rubricistas y usando los textos litúrgicos con perspectivas parecidas a las de antes de la reforma litúrgica (se escogen los textos que se encuentran con más comodidad, los que “tocan” según las *rúbricas generales*, pero se olvidan las posibilidades que, para un año concreto, brindan las mismas normas oficiales).

Es verdad que tener presente en cada caso concreto las diversas posibilidades puede resultar difícil. Por ello, al acercarnos al inicio del nuevo año litúrgico, queremos recomendar un instrumento de pastoral que puede ser ayuda eficaz para *“aprender a través de la celebración”*. Nos referimos a CALENDARIO DEL AÑO LITURGICO 1984. En esta obra,

día tras día, indicamos diversas posibilidades que pueden hacer más expresiva la celebración en este año concreto.

Notemos que dicho calendario litúrgico para 1984 presenta la novedad de incorporar, además de las celebraciones de las diócesis españolas, las propias de dos familias religiosas especialmente difundidas entre nosotros: la de los franciscanos, en sus diversas ramas, y la de los dominicos.

No podemos terminar esta referencia a CALENDARIO DEL AÑO LITURGICO 1984 sin manifestar nuestro agradecimiento a Jorge Artigas y a Amparo Castro cuya colaboración ha sido preciosa para lograr que esta obra, tan llena de pequeños detalles, no olvidara de aplicar a cada una de las Iglesias particulares los principios más generales de la normativa litúrgica.— P.F.

NOVEDAD

CALENDARIO DEL AÑO LITURGICO 1984

Preparado por *Pedro Farnés*, Pbro.

- directorio litúrgico-pastoral para todas las diócesis de España durante el 1984 (desde el Adviento de 1983);
- guía para las celebraciones eucarísticas y de la liturgia de las horas, con abundantes y precisas sugerencias para mejorarlas y enriquecerlas;
- incluye las celebraciones propias de cada diócesis y las de dominicos y franciscanos.

Precio: 475 ptas. (existe también una edición en catalán propia para las diócesis de Cataluña y Baleares).

Pedidos a: EDITORIAL REGINA, S.A.
c/ Mallorca, 87. BARCELONA - 29.